



SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 25.

JUEVES 28 DE AGOSTO DE 1862.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

LA SERBIA Y SU ESTADO ACTUAL.—ROSA Y MARIA. (Continuacion).—LUIS DE CAMOENS.—LA IBIS SAGRADA.—LA INFIEL EVA, cuento por Grimm.—LOS ABANICOS.—LOS NOMBRES DE ABAD Y ABADENA.—EL REAL SITIO DE VALSAIN.—LO GRANDE Y LO PEQUEÑO, poesia por José Gonzalez de Tejada.—PENSAMIENTOS.—LOS JACOBOS DE INGLATERRA.—EL ACUEDUCTO DE SEGOVIA.—ANECDOTAS.

LA SERBIA Y SU ESTADO ACTUAL.

La Serbia es todavía un principado autónomo bajo la soberanía de la Turquía. Sus relaciones con la Sublime Puerta no han sido recientemente del todo satisfactorias.

El príncipe Miguel Obrenowitch, elevado al poder en 1860, había adquirido por su energía y su inteligencia una grande popularidad. Consagró su vejez robusta á colocar en su familia la corona hereditaria, y había obtenido en 1861 esta concesion de la Skupschina compensándola con la creacion de la milicia nacional y con leyes que establecian la igualdad civil en aquellos pueblos organizados democráticamente. Comprende el príncipe Miguel Obrenowitch que en medio de las poblaciones eslavas é illirias que pertenecen ya á la Turquía, ya al Austria, puede la Serbia constituirse en centro nacional. Esto es lo que le ha hecho bastante atrevido al tratar con la Puerta intentando eludir el vasallaje que pesa sobre su país.

El príncipe de Serbia está obligado á recibir soldados turcos en la fortaleza de Belgrado y en otros puntos militares de su territorio. En el pasado año de 1861, cuando se hallaban agitados las provincias del imperio, ocurrieron algunos conflictos entre los soldados turcos, de guarnicion en Serbia, con los bosnios y búlgaros que buscaban asilo en su territorio, y los tártaros de Crimea que inmigraban en Hungría, mientras los eslavos y búlgaros inmigraban en Crimea. El príncipe Miguel reclamó contra los excesos de las guarniciones turcas,

contra la concentracion de enemigos en la frontera, y envió á Constantinopla á Garaschanin, hombre distinguido y conciliador. Quería el príncipe que á lo menos los súbditos turcos que se hallaban en su territorio fuesen sometidos á su jurisdiccion. El sultan parecia acceder en cuanto al resto de Serbia, exceptuando los que se encu ntrén en Belgrado, capital de la Serbia y fortaleza turca. Estas exigencias, no dirimidas, pueden acarrear á la Serbia serios disgustos.

Pero al fin las grandes potencias se han puesto de acuerdo en principio, segun anuncia un periódico extranjero, para revisar en la conferencia que en breve se celebrará en Constantinopla las cuestiones relativas á Serbia, Herzegovina y Montenegro, con el objeto de pacificar aquellos territorios, proporcionándoles garantías eficaces de autonomia y libertad interiores.

El ministro de Negocios Extranjeros de Serbia, Mr. Garaschanini, ha dirigido á los cónsules y comisario otomano, residentes en Belgrado, una protesta enérgica con motivo de la conducta observada por las autoridades turcas en Chabatz, y el envio de un buque de guerra otomano á las aguas del Danubio. Hé aquí el contenido del citado documento:

«Belgrado 8 de julio.—Habiéndonos anunciado por medio de un telégrama, hace tres dias, la aparicion de un vapor de guerra otomano en el Danubio á lo largo de la orilla serbia, este gobierno encargó á su representante en Constantinopla se informase acerca del destino del referido buque. Su alteza Ali-Bajá indicó al agente serbio que dicho vapor iba con objeto de ponerse á disposicion de la fortaleza de Belgrado.

El gobierno considera como atentatorio á sus derechos la presencia y estacionamiento de un buque de guerra turco en las aguas de Serbia. Estando consignado en los tratados que la fuerza armada turca solo podrá residir en las fortalezas de Serbia, la introduccion en su territorio de una fuerza flotante constituye evi-

dentemente un atentado contra las estipulaciones.

Cumple por lo tanto á mi deber rogaros, caballero, tengais á bien escitar la atencion de vuestro superior gobierno acerca de este nuevo atentado á los derechos de Serbia garantidos por los tratados.

Recibid, etc.»

Con este motivo, añade el periódico *Le Pays*, que si la Puerta reúne tropas en Bosnia, el principado servio por su parte se prepara á la defensa, pudiendo oponer á la invasion turca fuerzas que se componen de 55,000 hombres de milicias y tropas regulares, sostenidas por una reserva de 140,000 hombres. Felizmente hay probabilidades de que la cuestion servia sea resuelta por la vía diplomática.

ROSA Y MARIA.

(CONTINUACION.)

Rosa se echó á llorar porque sentia que le amaba aun.

Berard tuvo demasiada compasion del corazón despedazado de su hija para reprenderla por haber guardado secreto este amor, porque veia cuán amargamente se reprendia ella á sí misma el haberlo hecho así. Berard, pues, no trató mas que de consolarla.

—Olvidale Rosa, olvidale lo mas pronto posible; se ha marchado y estoy seguro que pasará mucho tiempo antes de que piense en volver; antes de su regreso dejaremos este maldito lugar. Mi arriendo espira dentro de tres meses; gracias á Dios no le he renovado. Nos marcharemos de aquí á cualquier parte, y viviremos juntos, felices, sin temor á los amantes pérfidos ni á los bajos calumniadores. Ven, Rosa y no llores, porque jamás te ha amado querida mia; no te ha amado mas que como á María Duval, pero piensa como te amo yo.

Rosa se decidió á ocultar su pesar á su pa-

dre como antes le habia ocultado lo que la parecia que era una felicidad haciendo voto en su interior de morir antes que su padre conociese cuán profunda era su angustia.

Entre tanto Berard, viendo que tenia pruebas de la inocencia de su hija, creyó que estaba obligado á mostrárselas á Pablo. En conformidad con esto, fué á verle y le leyó desde el principio hasta el fin la carta que Rosa habia recibido de Alfredo. Observó que Pablo no podia contener apenas su indignacion, y se sintió agradecido como de una prueba de simpatía, cuando le oyó decir que en el fondo de su corazón aborrecia á Mr. de Chatouville. Esta comunidad de sentimientos unida al interés que Pablo habia tomado por Rosa, y la estimacion que abiertamente la profesaba, hizo que Pablo fuese tan querido á los ojos de Berard como lo habia sido en otro tiempo su hijo Guillermo. En todo caso, desde la muerte de Guillermo no habia sentido tanto cariño hacia nadie escepto hacia su hija, y empezó á mirar á Pablo con afecto casi paternal.

Rosa tenia tambien algo que agradecer al hermano de María; es verdad que este habia destruido para siempre su mas bella ilusion, pero ¿cuál podia haber sido un dia su desgracia si hubiera continuado creyendo en el honor y en la sinceridad de Mr. de Chatouville! Aun despues de haber descubierto el secreto de su amor, era tan considerada por Pablo, que jamás este la habia hecho ni la mas remota alusion á Alfredo, ni á su hermana, ni á nada que pudiera calcular que la causaria pesar. A no haber sido por la delicada atencion con que la trataba, se podia haber creído que él no habia oido jamás el culpable engaño que se la habia hecho. Por algunas palabras que dejó escapar Berard, Rosa comprendió que era objeto de una calumnia en el pueblo y quedó agradecida á Pablo, porque aunque este debia saber algo y tal vez lo peor, no solo no la despreció sino que trató de asegurarla por todos los medios posibles su simpatía y su respeto.

Pasados otros quince dias, Rosa, que habia hecho voto de no pronunciar jamás el nombre de nadie que tuviera conexión con el castillo, ignoraba si Pedro estaria ya de vuelta. Habia formado el designio de no recibir mas cartas de Alfredo, pero al mismo tiempo la mortificaba ver que él no se acordaba de ella; hubiera querido que se tomara algun trabajo mas para engañarla, pero era evidente que ya la habia abandonado. Probablemente tendrá algun nuevo cariño que le ocupe, pensaba la pobre muchacha.

Rosa estaba haciendo efectivamente todo lo que podia para ocultarse á sí misma su deseo de saber si Pedro habia llegado ya. Pedro habia estado en el castillo durante algunos dias gravemente herido por una mano desconocida.

XIII.

El aire de Niza puede hacer prodigios, pero no puede curar la tisis cuando ha llegado á cierto grado. «Las gentes que atraviesan el mar, dice un poeta latino, cambian su cielo pero no su disposicion», así los tísicos que acuden á Niza cambian de atmósfera, pero no pueden cambiar de pulmones. Mad. de Chatouville estaba destinada á morir y nada en el mundo podia salvarla. Su médico de París la habia enviado á Niza, no tanto porque el estar en esta ciudad pudiera curarla como porque él no podia hacer nada por ella. Cuando llegó y vió el agua azulada del Mediterráneo y los naranjos con sus brillantes hojas verdes y su fruto dorado, creyó que iba á vivir siempre, pero pocos dias despues cuando sintió que aun aquel aire tan suave la era difícil respirarle, y que tosía, suspiró y se dijo á sí misma que al fin mas valia morir á la claridad del sol de Italia que en el sombrío París.

En el período de que hablamos, Niza era un punto mas tranquilo que lo es ahora. Desde la paz de 1815, sin embargo, es tan de moda el ir los enfermos allí y la ciudad está tan poblada

de viajeros ingleses y rusos, que á los habitantes mas antiguos les costará trabajo el reconocerla como el punto de residencia de su juventud.

Los ingleses no iban allí entonces y si los rusos iban era únicamente en casos muy urgentes y en gran número bajo las órdenes del general Souvaroff. Aun los franceses que aborrecian el viajar y que entonces (los hombres á lo menos) tenían mucho que hacer para llegar allí, no acostumbraban á emprender escursiones sanitarias á Niza, á menos que no vivieran en la vecindad. Por lo tanto Mad. de Chatouville tenia mas probabilidad de restablecerse entonces que hubiera tenido hoy, á pesar de las pretendidas mejoras urbanas y de la influencia de los médicos elegantes á que la han sujetado recientemente. Todo lo que la tranquilidad, la luz del sol, las brisas agradables del mar y la ausencia de médicos con sus nuevas teorías, podian hacer por ella estaba hecho; pero aun así languidecia y aun que queria revivir y dar esperanzas á todos los que la rodeaban era evidente despues de algunas semanas que la enfermedad hacia progresos rápidos y seguros, y que por mucho que la brisa del Mediterráneo pudiera refrescar sus mejillas ardorosas y las montañas proteger la de los vientos del Norte, no habia nada en este mundo que pudiera salvarla de la muerte.

Durante algun tiempo Alfredo creyó firmemente que su madre se restableceria y escribió á Rosa para decirle que Mad. de Chatouville estaba mejor y que pronto estaria en el caso de hablarle de su proyecto, que cuando no estaba pensando en su madre, era lo que le ocupaba.

Una tarde que Mad. de Chatouville habia ido á pasearse á la orilla del mar, el crepúsculo era tan hermoso y la calma de la atmósfera tan grata que la pobre mujer en la tranquilidad de su corazón no podia persuadirse de que estaba á punto de morir. Nadá me agita, decia á su hijo, no toso, no tengo calentura, en una palabra, no me siento mal; porque pues ¿no he de llegar á curarme, si no estoy mal curada?

Alfredo mismo se sentia tranquilizado y poco á poco llevó la conversacion al punto importante, aventurándose á decir á su madre que deseaba su consentimiento para una empresa en la que queria comprometerse, y que debia influir en la felicidad de toda su vida.

Mad. de Chatouville se admiró pensando en lo que podria ser. ¿Es una especulacion? le dijo.

—No, madre mia, es una cosa cierta, dijo Alfredo.

—¿Es algo que hay que hacer con dinero? le dijo, porque ya sabes que no tengo experiencia en esto.

—No, madre mia, no es nada que haya que hacerse con dinero. Gracias á vos soy bastante rico para no tener necesidad de molestarme por asuntos pecuniarios.

—Pero dices que es una cosa cierta ¿que es pues? porque nada hay cierto en el mundo.

—Sí, madre mia, hay algunas cosas que lo son. ¿No es cierto que me amais?

—Sí, hijo mio le dijo, estrechándole la mano.

Hubo una pausa que duró algunos segundos.

—Bien Alfredo, pero no me has dicho cual es este secreto esta empresa. Temo que te has arrepentido de haber hablado de ello.

—No en verdad, dijo Alfredo volviendo á quedar en silencio.

—Deseas casarte, Alfredo.

—Sí, madre mia, contestó este.

—¿Y con quién?

—Vos no la conocéis, madre mia, si la conociérais la amaríais tanto como yo.

—Pero, ¿por qué hijo mio, no me dices quién es?

—Porque aunque tiene las cualidades mas nobles del mundo, aunque es amable, bella, y tan perfecta como cualquiera otra mujer y aun que la amo como á mí mismo...

—Bien, Alfredo, ¿qué objecion puede haber despues de lo que has dicho?

—No está en la misma posicion que nosotros.

—La elevaremos Alfredo, dijo Mad. de Chatouville.

Alfredo abrazó á su madre cubriéndola de besos.

—Temia desagradaros, la dijo.

—Al contrario, hijo mio, contestó la madre; seria para mí el mayor placer verte casado con una mujer digna de tí, antes de que yo muriera; pero dime quién es. Si ella es tan buena como parece ser para tí y si sus padres son honrados, ¿cómo despues de los cambios, de los desastres y de las conmociones de toda clase que hemos sufrido en Francia, podria yo vacilar en aceptarla por hija? No, Alfredo, no importa que sus padres sean nobles ó plebeyos; todo lo que yo deseo estudiar es tu verdadera felicidad.

—Entonces, madre mia, os diré su nombre; se llama Rosa Berard, replicó Alfredo.

—¡La hija de mi administrador! exclamó madama de Chatouville con una especie de consternacion. Bien, añadió despues de un momento de pausa, he hablado con ella y es cierto lo que dices; la fuí á ver á la escuela poco tiempo antes de que la dejara. Su familia no es de la aristocracia, á la verdad, pero no hay nombre alguno que ella no pueda honrar y esta época no es para esperar vanas distinciones. Como he dicho antes no debemos pensar mas que en tu felicidad.

Alfredo dió las gracias á su madre un millon de veces; aquella misma tarde Pedro que acababa de venir del castillo fue vuelto á enviar con una carta noticiando á Rosa tan fausta nueva.

Pedro llegó al castillo algunos dias despues por la tarde, y las noticias de su llegada se esparcieron bien pronto por el pueblo. Pedro conocia algo de la importancia de la carta que le habia sido confiada, y se le habia dicho que no perdiera tiempo en entregarla, por lo cual, fiel á las órdenes de su amo, no se detuvo en el castillo mas que el tiempo necesario para tomar un refrigerio despues de las fatigas del viaje. Luego se encaminó á la quinta de Berard, pero apenas habia andado la mitad del camino cuando cayó súbitamente al suelo herido en la espalda, oyendo al mismo tiempo la detonacion de una pistola que parecia haber sido disparada desde un matorral que habia al lado, aunque era tal la oscuridad que no se podia distinguir el humo. El pobre jóven cayó aturdido, desmayándose despues por la pérdida de sangre, y cuando pasada una hora fue hallado por unos campesinos y llevado al castillo, la carta habia desaparecido.

Un acontecimiento tal causó mucha impresion en el pueblo, pero no habia ni el mas pequeño indicio para guiar á la policia ni á las comadres del lugar para descubrir al autor del delito. Pedro conocia que su deber era no decir ni una palabra de la carta, y por el momento estaba imposibilitado de dejar la cama; pero sabia que no habia sido atacado por un ladron comun, y resolvió descubrir al que habia querido asesinarle tan pronto como pudiera salir á la calle. Entre tanto Berard y Pablo decidieron que este suceso no llegara á oídos de Rosa, cosa fácil de llevar a cabo, atendido á que Rosa no dejaba casi su habitacion mas que para reunirse á su padre y á Pablo á las horas de comer.

Mr. de Chatouville le habia hecho decir á Berard que podia disponer de la quinta de Bretaña por la cantidad que ofrecia Pablo; pero Pablo rechazó ahora entrar en transaccion alguna con él y le dijo al administrador que lo hubiera rehusado desde la primera vez, si no hubiera sido por el deseo que tenia de ocultarle á él mismo la desgracia de su hermana. Berard aprobó la resolucion del jóven, porque él tambien habia determinado al espirar el plazo de su arriendo dejar á los Chatouilles y sus bienes para siempre.

—¿Entonces, qué quereis hacer? dijo Berard?

—Debo desistir de la venta de nuestra pequeña quinta, replicó Pablo. Tendré oportunidad un dia ú otro de comprar los campos que la rodean, y entre tanto vos me direis algun buen medio de emplear mi dinero.

Berard prometió hacerlo así, diciéndole que se interesaba tanto por él como por su propio hijo.

—¿Y por qué no había de llegar á ser realmente vuestro hijo? replicó Pablo con presteza. Yo se las buenas cualidades de Rosa; la aprecio y la amo, y tal vez podré hacerla dichosa; por lo menos trataré de hacer que lo sea. Al presente padece por la crueldad de un infame.

Berard le apretó la mano; hablaré de ello á Rosa, le dijo, pero ya sabéis que teneis mi consentimiento.

XIV.

Rosa se hallaba en su cuarto, y Berard fué á llamar á la puerta; cuando entró, su hija se quedó admirada al ver que su rostro estaba radiante de alegría. Se enjugó los ojos por miedo de que la vista de su tristeza quitara la alegría que tan rara era ahora en su padre, en otro tiempo tan contento, y escuchó lo que Berard iba á decirle.

—Rosa, empezó á decir su padre, he venido para hablarte acerca de un asunto que interesa á todos en la casa; á todos, repitió con énfasis. Si tú consientes en lo que vengo á proponerte, aun podemos ser felices.

—Si yo pudiera asegurar vuestra felicidad dándoos mi vida, mi querido padre, ¡cuán gustosa la sacrificaría!

—¡Tu vida, mi querida Rosa! he venido para proponerte un marido joven y digno; el hombre mejor que conozco y que será indudablemente un buen esposo; Pablo me ha pedido tu mano.

—¡Qué decis padre mio! exclamó la joven; ¡Pablo que lo sabe todo!

—¿Y qué es lo que sabe? Que una joven inocente y confiada, que no podía conocer los designios de un hombre malo y traidor; le amó por espacio de un mes, y que él la juró que deseaba casarse con ella. Esta es tu única falta, hija mia. Dichosos los que no tienen nada mas que echarse en cara, porque pueden estar tranquilos. En cuanto á tí, puedes estar segura de que Pablo te ama, y que te ama demasiado para reprenderte.

—¡Que me ama! dijo Rosa con admiración.

—Ciertamente, hija mia, sinó no desearía casarse contigo. Pablo no es uno de nuestros caballeros que han aprendido un cierto número de frases que dicen primero á una joven y luego á otra, y que aman únicamente para seducir. Pablo es un hombre bueno y honrado y que hará la felicidad de su mujer. Además, si quieres dejarnos este pueblo abominable donde tanto hemos sufrido, é iremos con él á Bretaña donde viviremos reunidos. Piensa, mi querida Rosa, si quieres consentir en ello.

—Consiento, dijo Rosa con aire de resolución, levantándose de su silla. Sí, padre mio, consiento en ser la mujer de Pablo.

La alegría de Berard no tenía límites; estrechó á su hija en sus brazos, besándola y prometiéndola con toda confianza una felicidad ilimitada. Este casamiento le parecía á Berard una especie de barrera ante la cual debían detenerse sus pesares y disgustos.

Tan pronto como quedó entregada á sus propias reflexiones, Rosa pensó con tristeza en la carrera en que se veía comprometida á entrar. Había prometido casarse con Pablo, pero estaba cierta de que no le amaría nunca. Es verdad que apenas le conocía, pero no la había inspirado afecto alguno ni simpatía, aunque tenía compasión de él por la desgracia de su hermana. ¡Cuán diferente era de Alfredo, al que había amado aun antes de llegar á estar una hora en su compañía! Pero había jurado no pensar mas en Alfredo, y sin él su vida era un vacío. Así, pues, siendo del gusto de su padre, ¿por qué no había de sacrificar su vida á Pablo? Su conducta era ya sospechosa, mas aun su reputación estaba empañada, y si ella rehusaba esta oferta de casamiento, ¿no se diría que era porque no osaba aceptarla? Además Pablo parecía ser un joven bueno, honrado y recto. El se había conducido respecto á

ella con mucha delicadeza, y su fría política la era mas agradable que la hubiera sido una ardiente declaración de amor, porque esto le habría parecido odioso. Pablo había sido el amigo de su hermano Guillermo y lo era ahora de su padre, que tenía una alta opinión de él; de modo que había muchas razones para aceptarle, y solo una para desecharle, la de que ella no podía tenerle amor. ¡Cómo si pudiera amar á nadie despues de haber conocido á Alfredo!

A pesar de este razonamiento la pobre Rosa tropezó con la dificultad de poder dar una contestación regular á Pablo cuando este la daba las gracias por haber aceptado su oferta, y la aseguraba la sinceridad de su amor. Ella no pudo contestar mas que con una sonrisa melancólica. Pablo se hallaba en un estado de agitación que Berard atribuía á su gran placer, pero que Rosa no la advirtió. Cuando tomó la mano de la joven y la estrechó contra sus labios, temblaba convulsivamente y jamás miró á Rosa sin bajar los ojos si por casualidad se encontraba con los de esta.

Berard deseaba arreglar el casamiento lo mas pronto posible; el novio no se oponía á esta precipitación y á la novia la era indiferente que antes de casarse se pasara una semana ó seis meses.

Como Pablo no tenía padre ni madre, no había que llenar formalidad alguna, escepto el anuncio ordinario en la puerta de la alcaldía. Quedó decidido que el casamiento se verificaría dentro de quince días, causando esta noticia gran sensación en el pueblo cuando se supo. ¿Había ó no funcion de boda? Esta era la gran cuestión; porque si la había, convenia estar en buenas relaciones con la familia de Berard, porque si no esta obraría como le pareciese sin cuidarse de nadie.

Mientras que Pablo contaba con ansia los días que tenía que esperar aun hasta que pudiera llamar suya á Rosa, Pedro contaba con igual impaciencia los días que tendría que estar aun en la cama, porque había resuelto que tan pronto como pudiera moverse trataría de descubrir al que le había herido y se vengaría de él de un modo ejemplar. A su parecer no tenía en el pueblo ningún enemigo personal, y era bien sabido que no había ladrones en las cercanías. Además, si hubiera sido herido por un ladrón, este le hubiera quitado su reloj y su bolsillo, cosa que no había sucedido, al paso que la carta de Rosa le había sido robada, lo cual indicaba que alguna persona interesada en esto, era la que le había tirado el tiro. Cuando hallándose en conversación con los criados del castillo supo que el hermano de María estaba en el pueblo, se persuadió de que Pablo era el que le había herido. Sabía que Pablo había estado con los vendeanos, y que su modo de hacer la guerra era casi siempre ocultos detrás de un matorral: Me ha tirado como lo hubiera hecho con un republicano, pero yo le castigaré, decía. En efecto, había muchas razones para sospechar de Pablo en esta ocasión. La intimidad de Alfredo con María era conocida de todos los criados del castillo; ¿quién puede ocultar tales cosas á los criados? «¿A qué puede venir aquí Pablo mas que á ejecutar algún proyecto de venganza?» decía Pedro en su interior; «María ha dejado á Mad. de Chatouville hace cinco semanas, y su hermano, á quien ella se ha reunido, en vez de estar en su quinta de Bretaña, está aquí acechando á Rosa Berard como un gato acecha á un pájaro.» Cuando supo que Alfredo y Rosa Berard estaban para casarse, su sospecha se trocó en convicción. No estaba aun en estado de dejar la cama, y ya hubiera querido ir á advertir á Rosa. Entre tanto escribió á su amo contándole lo que le había pasado, dándole parte de sus sospechas, acerca de Pablo Duval, y avisándole que este iba á casarse con Rosa. Esta carta la envió con un propio y adelantó así algunas horas al correo. El propio tenía órden además de no perdonar gasto alguno con los caballos. Antes de escribir su carta, en cuya tarea empleó una hora, Pedro envió órden á la primera casa de posta para que tuvieran

pronto un caballo y un hombre que echara á andar inmediatamente con el fin de hacer que en cada estación de posta tuvieran preparado un caballo para cuando llegara el propio, prometiéndole una buena propina á los posaderos. De este modo las primeras cuarenta ó cincuenta millas se anduvieron con extraordinaria velocidad y casi sin detenerse.

Se había arreglado de modo que un propio llevaría la carta hasta Lyon, el segundo la llevaría de Lyon á Marsella, y el tercero de Marsella á Niza. Sin embargo, contando con la mayor velocidad, era imposible emplear menos de cuatro días para llegar á Niza, y dentro de ocho se casaba Rosa.

(Se continuará.)

LUIS DE CAMOENS.

Luis de Camoens nació en Lisboa en el año de 1524, estudió en la Universidad de Coimbra, y vuelto á aquella ciudad, aficionóse á cierta dama, por cuyos amores se le desterró de la corte. Se cree que al cabo de algun tiempo volvió á Lisboa y que desterrado segunda vez fue entonces cuando pasó á Cruta á militar en esta plaza; pero Manuel de Faria y Sousa opina que no sufrió este segundo destierro. Creyó al cabo de algun tiempo que por sus servicios en las armas sería quizá premiado, pero se engañó, y tomó entonces la resolución de embarcarse en Lisboa en el año de 1550 con el virey don Alfonso de Noronha, para pasar á la India, pero no pudo hacerlo hasta mas adelante en 1553. Hallándose en aquel país tuvo que sufrir bastante, pues se le puso preso, aun despues de darse á conocer en las armas por su valor, y en las letras por su claro ingenio, aportando por fin en Lisboa el año de 1569, cabalmente cuando sufría esta ciudad el mas terrible contagio. Pero en vez de recibir el premio que merecian sus fatigas militares y sus trabajos literarios, experimentó tan fuertes adversidades, que hasta tuvo que mendigar el sustento, que un esclavo suyo llamado Antonio iba pidiendo de puerta en puerta. Por fin falleció en 1579 y á los 55 años de edad, un hombre para quien la fortuna fue siempre tan adversa, que ni la envidia le respetó despues de muerto, pues á pesar de la fama general que le dió su poema *Os Lusíadas*, no ha faltado crítico moderno (Voltaire), que sin saber el idioma portugués, y con mil inexactitudes y disparates le ha calumniado agriamente.

No pasaron muchos años despues de su muerte, cuando su memoria empezó á hacerse un glorioso lugar entre los poetas mas famosos, y en el de 1595 fue su sepultura colocada en el centro de la iglesia del convento de religiosas franciscanas de Lisboa con este epitafio: *Aquí jaz Luis de Camoens, principe dos poetas de seu tempo: Viveo pobre é miseravelmente, é así morreo. Anno de MDLXXIX.*

En cuanto á su famoso poema *Os Lusíadas*, se halla vertido en casi todos los idiomas, y la primera edición se hizo en Lisboa á vista del autor en el año 1572. No se pudo impedir, ya por culpa de los impresores, ó ya por malicia de los enemigos de Camoens, que saliera con muchos yerros y bastante desfigurada, por lo cual se imprimió de nuevo en el mismo año, y esta segunda edición perfectamente correcta es la que despues sirvió de tipo á la de Manuel de Faria y Sousa, á la de Tomás José de Aquino, y otras muchas que despues se han publicado.

LA IBIS SAGRADA.

Tienen el pico largo, arqueado, cuadrilátero en su base, en la cual se ven practicadas las narices que se prolongan por medio de un surco que reina en toda su longitud, y de ella algunas especies de ibis tienen desnudo el circuito de los ojos, ó tan solo la frente, y cubierta la cabeza, lo mismo que el cuello, por una membrana desnuda. Su pulgar, que es largo,

casi está articulado al nivel de los demás dedos, y toca en la tierra por mucha parte de su longitud. Casi siempre las ibis ostentan libreas de vivos y preciosos colores. Frecuentan las márgenes de los ríos y de los pantanos, donde hallan los insectos y moluscos que forman la base de su alimentación: encuéntrase en todas las partes del mundo.

Si bien es cierto que Buffon conoció muchas ibis, no lo es menos que este género es uno de los que mas se han enriquecido por los descubrimientos que han practicado recientemente algunos viajeros. Aquel elegante autor habla de de esta ave, bajo el epígrafe de *la Ibis*, en los términos siguientes:

De todas cuantas supersticiones han oscurecido la razón y degradado y envilecido la especie humana, ninguna sería sin duda mas vergonzosa que el culto tributado á los animales, si no se tomase en consideración su origen y lo que dió ocasión á ello. Efectivamente, ¿cómo pudo humillarse el hombre en términos de adorar á los brutos? ¿Puede darse por ventura otra prueba mas evidente de la miseria de aquellas primeras edades, en que las especies dañinas, tan fuertes y multiplicadas, rodeaban al hombre solitario, aislado, desprovisto de armas y sin conocimiento de las artes necesarias para hacer uso de sus fuerzas? Estos mismos animales, que esclavizó mas tarde, eran sus superiores entonces, ó por lo menos formidables rivales: el temor y el interés llegaron,

pues, á engendrar los sentimientos mas abyectos y los pensamientos mas absurdos; y aprovechándose la tenebrosa y falaz superstición de unos y de otros, transformó igualmente en dioses á todo ser útil ó dañino.

El Egipto fue una de las comarcas donde mas pronto se estableció el culto de los animales, y donde se mantuvo y observó con mas escrupu-

losidad por espacio de muchos siglos; y este respeto religioso, comprobado por todos los monumentos, indica al parecer que en aquella comarca lucharon los hombres por mucho tiempo contra las especies malhechoras.

Con efecto, los cocodrilos, las serpientes, las langostas y demás animales inmundos se reproducían á cada instante y pululaban sin cuento sobre el vasto limo de una tierra baja, húmeda hasta gran profundidad, y bañada periódicamente por las inundaciones del río; y este limo fangoso, fermentando sin cesar con los ardores del trópico, debió sostener por mucho tiempo y multiplicar al infinito todas aquellas generaciones impuras é informes, que no han cedido la tierra á otros habitantes mas nobles hasta que esta llegó á purificarse.

Enjambres de pequeñas serpientes venenosas, nos dicen los primeros historiadores, salidos del légamo caliente de los pantanos, y que oscurecían la luz del día, hubieran causado la ruina del Egipto á no haber las ibis salido á su encuentro para combatirlos y exterminarlos.»

¿Y no es probable que este servicio grande é inesperado, fuese el fundamento de la superstición que supuso en estas aves tutelares alguna cosa de divino? Los sacerdotes acreditaron esta opinión del pueblo, y aseguraron que si los dioses desdenaban manifestarse bajo una forma sensible, tomaban la figura de la ibis. Ya en la gran metamorfosis, su dios benéfico



Luis de Camoens.



Rosa y María.—Unos campesinos encuentran á Pedro herido. (Cap. XIII.)

Thoth ó Mercurio, inventor de las artes y de las leyes, habia sufrido esta transformacion; y Ovidio, fiel á esta antigua mitología, oculta á Mercurio, en el combate de los dioses y de los gigantes, bajo las alas de una ibis, etc. Pero dejando aparte todas estas fábulas, queda aun la historia de los combates de estas aves contra las serpientes. Herodoto asegura que se trasladó á aquellos lugares en que se daban estos

combates para ser testigo de ellos. «No lejos de Buto, dice, en los confines de Arabia, donde se abren las montañas hácia las vastas llanuras de Egipto, vi cubiertos los campos de increíble cantidad de huesos amontonados, y de despojos de reptiles que las ibis atacan y destruyen cuando se preparan á invadir el Egipto.» Ciceron cita tambien este mismo hecho, adoptando la relacion de Herodoto: y Flinio parece lo

confirma, pues presenta á los egipcios invocando religiosamente á su ibis á la llegada de las serpientes.

Léese asimismo en el historiador Josefo que yendo Moisés á llevar la guerra á Etiopia, llevaba en jaulas de papiro gran número de ibis para oponerlas á las serpientes. Este hecho, que no parece muy verosímil, se explica fácilmente con otro hecho que se lee en la *Descrip-*



La Ibis sagrada.

cion del Egipto per Mr. de Maillet. «Una ave dice, llamada *Capon de Faraon* (y que se reconoce ser la ibis) va siguiendo por espacio de mas de cien lenguas las caravanas que pasan á la Meca, para alimentarse de las inmundicias que estas van dejando tras sí; pero en ningún otro tiempo se ven estas aves en este mismo camino.» Es pues de creer que las ibis siguieron del mismo modo al pueblo hebreo en su expedicion al Egipto: y este hecho, que nos ha transmitido Josefo desfigurándolo, y atribuyendo á la prudencia de un jefe maravilloso, lo que en efecto no era mas que un instinto de estas aves; y este ejército dirigido contra los etiofes, y las jaulas de papiro, solo sirven de hacer mas amena la narracion y engrandecer la idea que debia infundir el talento de semejante caudillo.

Era prohibido á los egipcios, so pena de la vida, matar á las ibis, y este pueblo triste y vano fue inventor del arte lúgubre de las momias con el cual quiso, por decirlo así, eternizar la muerte, á pesar de la benéfica naturaleza que trabaja sin cesar en borrar todas sus imágenes; y no solo empleaban los egipcios este arte de los embalsamamientos para conservar los cadáveres humanos, sino que preparaban tambien con igual esmero los cuerpos de sus animales sagrados. Muchos pozos de momias del llano de Saccara se llaman *pozos de las Aves*, porque se encuentran efectivamente en ellos aves embalsamadas, y en especial ibis metidas en grandes jarros de tierra cocida, y tapado el orificio de estos con cemento. En todos los diferentes jarros de esta especie que

hemos podido proporcionarnos, hemos encontrado, despues de haberlos roto, una especie de muñeca formada por medio de unas tiras ó vendas que sirven de envoltorio al cuerpo del ave; pero cayendo la mayor parte de estas hechas polvo de color negro, queda desarrollada su túnica: con todo, se reconocen allí todos los huesos de un ave, con algunas plumas dadas con bálsamo en los pedazos sólidos que se conservan todavía. Estos restos nos han indicado el tamaño del ave, que es con corta diferencia el mismo que el del torcuato; y el pico que se ha hallado en buen estado en dos de estas momias, nos ha dado á conocer el género. Este pico es del grueso del de la cigüeña, y por su corvadura se asemeja al pico del torcuato, pero sin las estrías que

aquel tiene; y como esta corvadura es igual en toda su estension á la del pico de este último, parece que por estos caracteres debe colocarse la ibis entre la cigüeña y el torcuato. En efecto, participa tanto de estos dos géneros de aves, que los naturalistas modernos la han colocado con las últimas, y los antiguos la colocaron con las primeras. Herodoto caracterizó muy bien la ibis diciendo que tiene *el pico muy arqueado y las piernas tan altas como las grullas*. Este autor distingue dos especies de ibis. «La primera, dice, tiene el plumaje enteramente negro; y la segunda, que se encuentra á cada paso, es toda blanca, á escepcion de las plumas de las alas y de la cola que son muy negras, y de la parte desnuda del cuello y de la cabeza que solo está cubierta con el pellejo.»

En vista del respeto popular y tan antiguo que se profesó á esta ave famosa, no es de admirar que su historia esté cargada de fábulas. Se ha dicho que las ibis se fecundaban y engendraban por el pico: Solino parece no duda de ello, pero Aristóteles se burla con razon de esta idea de pureza virginal en esta ave sagrada. Pierio habla de una maravilla del género harto opuesto: dice que, segun los antiguos, nacia el basilisco de un huevo de ibis, formado dentro de esta ave, de los venenos de todas las serpientes que devora. Estos mismos antiguos han descrito tambien que el cocodrilo y las serpientes, tocados con una pluma de ibis, quedaban inmóviles como por encanto, y que hasta con frecuencia morian en el acto mismo. Zoroastro, Demócrito y Fileo son los que han sostenido estos hechos; otros autores han dicho que la vida de esta ave divina era excesivamente larga; los sacerdotes de Hermópolis pretendian asimismo que podia ser inmortal, y para probar su aserto enseñaron á Apion una ibis tan vieja, decian ellos, que no podia morir.

Esto no es mas que una parte de las ficciones que han nacido en el fanático Egipto, con relacion á estas ibis: la supersticion traspasa todos los límites, mas si considera el prudente fin que pudo tener el legislador consagrando el culto de los animales útiles, no se nos ocultará que en Egipto estaba fundado en la necesidad de conservar y de multiplicar aquellos que podian oponerse á las especies dañinas. Ciceron observa juiciosamente que los egipcios no tuvieron mas animales sagrados que aquellos cuya vida les importaba fuese respetada, por la grande utilidad que de ellos sacaban: juicio sabio y harto diferente del impetuoso Juvenal, que cuenta entre los crímenes del Egipto su veneracion por la ibis, y declama contra su culto, que la supersticion exageró sin duda, pero que la sabiduría debió conservar, ya que es tal la debilidad del hombre, que los legisladores mas profundos creyeron deber hacer de ella el fundamento de sus leyes.

Mas ocupándose ahora de la Historia Natural y de los hábitos reales de la ibis, reconocemos en ella no solo un vehemente apetito por la carne de serpientes, sino tambien una fuerte antipatia contra toda clase de reptiles, á quienes hace cruelísima guerra, y asegura Belon que los va siempre matando aunque ya se encuentre satisfecha. Dice Diodoro Sic. lo que la ibis se pasea dia y noche por las orillas del agua acechando los reptiles, buscando sus huevos, y destruyéndolos de paso los escarabajos y langostas. Acostumbradas estas aves al respeto que les tenian los egipcios, llegaban sin temor hasta dentro de las poblaciones; y Estrabon refiere acerca de esto que llenaban las calles y plazas de Alejandria, en términos que llegaban á incomodar; que á la verdad consumian las inmundicias; pero que atacaban tambien lo guardado, ensuciándolo todo con su excremento: inconvenientes que podian en efecto chocar á un griego, pero que los supersticiosos egipcios toleraban con placer.

Estas aves anidan en las copas de las palmeras, y lo colocan en lo mas espeso de las hojas punzantes para preservarlas del asalto de los gatos, que son sus enemigos. Parece que su puesta es de cuatro huevos: por lo menos así

se puede inferir de la explicacion de la *Tabla isiaca* por Pignoro, en la que se dice que la ibis señala su puesta por los mismos números que la luna señala sus tiempos, *ad lunæ rationem ova fingit*; lo que parece no puede entenderse de otro modo sino diciendo, con el doctor Shaw, que la ibis pone tantos huevos cuantas fases tiene la luna, esto es, cuatro. Eliano explica la razon por qué esta ave está consagrada á la luna, y al mismo tiempo indica el tiempo de la incubacion, diciendo que emplea tantos dias en sacar sus pollos cuantos pone el astro Isis en recorrer el círculo de sus fases.

LA INFIEL EVA.

A la entrada de un espeso bosque vivia un leñador con su mujer y una niña, hija suya, de unos cinco años. Pero eran tan pobres que no tenian que darla de comer, pues carecian del pan de cada dia. Una mañana fue el leñador muy triste á trabajar al bosque, y cuando estaba partiendo la leña se le presentó de repente una señora muy alta y hermosa, con una corona de oro en la cabeza, la que le dijo dirigiéndole la palabra.

—Soy la señora de ese castillo inmediato y madre del dueño de todos estos pueblos. Tú estás muy pobre; tráeme tu hija, me la llevaré á mi castillo, la serviré de madre y tendré cuidado de ella.

El leñador obedeció, fue á buscar á su hija y se la entregó á la señora que la llevó á su palacio. La niña era allí muy dichosa, comia bizcochos y bebia leche; sus vestidos eran de oro y jugaban con ella una multitud de pajes.

En cuanto cumplió catorce años la llamó un dia la señora y la dijo:

—Querida hija, tengo que hacer un viaje muy largo. Ahí tienes las llaves de las trece puertas de mi palacio. Puedes abrir las doce y ver todo lo que ocultan; pero la décimatercera que se abre con esta llave pequeña, no es permitido abrirla, guárdate bien de tocarla, pues te sobrevendrian grandes desgracias.

La jóven prometió obedecer y en cuanto partió la señora comenzó á recorrer las habitaciones del palacio: cada dia abria una diferente hasta que hubo acabado de ver las doce. En cada una habia un trono rodeado de tanto brillo, que nunca habia visto un esplendor ni una magnificencia semejante. Llenábase de regocijo y los pajes que la acompañaban se regocijaban tambien con ella. Ya no la quedaba mas que la puerta prohibida y tenia grandes deseos de saber lo que estaba oculto detrás de ella, por lo que dijo á los pajes.

—No quiero abrirla toda, pero quisiera entreabrirla un poco para que pudiéramos mirar al través de la rendija.

—¡Ah! no dijeron los inocentes pajes, lo ha prohibido la señora y podria sucederte alguna desgracia.

No, contestó la jóven; pero el deseo y la curiosidad continuaban hablando en un su corazón y atormentándola sin dejarla descanso. En cuanto se marcharon los pajes pensó para sí.—Ahora estoy sola, nadie puede verme.—Y fue á coger la llave. En cuanto la hubo tomado la puso en el agujero de la cerradura, y apenas la hubo colocado allí la dió una vuelta. La puerta se abrió entonces y vió á un sol rodeado de fuego y de luz; pero la luz tocó ligeramente una punta su dedo que se volvió de color de de oro, al ver esto tuvo miedo, cerró muy ligera la puerta y echó á correr. Pero continuó teniendo miedo, á pesar de cuanto hacia para tranquilizarse, y su corazón latia constantemente sin encontrar consuelo siempre que miraba el color de oro que habia quedado en su dedo, y que no se podia quitar por mas que se lavaba.

Pasados algunos dias volvió la señora de su viaje, llamó á la puerta y la pidió las llaves del palacio. Cuando se las entregaba, la preguntó:

—¿No has abierto tambien la puerta décimatercera?

—No—contestó.

La señora puso la mano sobre su corazón y vió que latia con la mayor violencia, y comprendió que habia violado sus órdenes y abierto la puerta prohibida. La dijo otra vez sin embargo.

—¿De veras no lo has hecho?—

—No, contestó la niña por segunda vez.

La señora miró el dedo que se la habia dorado al tocarle la luz del sol y no la quedó duda de que era culpable. La preguntó por tercera vez.

—¿No lo has hecho?

—No. Respondió la niña por tercera vez.

Entonces la dijo la señora:

—No me has obedecido y has mentido, no mereces estar mas conmigo en mi palacio.

La jóven cayó en un profundo sueño y cuando despertó se hallaba acostada en el suelo en medio de un desierto. Quiso llamar pero no podia pronunciar ningun sonido, se levantó y quiso huir, pero por cualquier lado que lo pretendiese se veia detenida por un espeso bosque que no podia atravesar. En el círculo en que estaba encerrada habia un árbol muy viejo con el tronco hueco y á propósito para servirla de habitacion. Allí dormia por la noche y cuando llovía ó nevaba, encontraba allí abrigo. Su alimento consistia en hojas y yerba, las que buscaba tan lejos como podia llegar.

Durante el otoño reunia las hojas de los árboles, las llevaba al hueco y cuanto llegaba la estacion de las nieves y el frío, corria á ocultarse en él. Sus vestidos se rompieron al fin y se la cayeron á pedazos. Tuvo que cubrirse tambien con hojas. Luego, cuando el sol volvía á calentar, salia, se colocaba al pie del árbol y sus largos cabellos la abrian como un manto por todas partes. Largo tiempo permaneció en aquel estado, sufriendo todos los padecimientos y miserias del mundo.

El rey de aquel país fue un dia de primavera á cazar á aquel bosque, y corrió en persecucion de un corzo. El animal se refugió en la espesura que rodeaba el viejo árbol hueco, el príncipe bajó del caballo, separó las ramas y se abrió paso con la espada. Cuando hubo podido pasar vió sentada debajo del árbol á una jóven extraordinariamente hermosa, á la que cubrian enteramente sus cabellos de oro desde la cabeza hasta los pies. Lleno de asombro al verla, no pudo menos de decirle:

—¿Cómo has venido á este desierto?

La jóven no le contestó palabra; pues la era imposible mover los labios.

El rey la dijo sin embargo.

—¿Quieres venir conmigo á mi palacio?

Contestóle afirmativamente con la cabeza y cogiéndola entonces en sus brazos, la montó en su caballo y se la llevó á su morada, donde la dió vestidos y todo lo demás que necesitaba. Era tan hermosa y tan graciosa, que aunque no podia hablar, el rey se apasionó y se casó con ella.

Habia transcurrido un año poco mas ó menos cuando la reina dió á luz un hijo. Por la noche cuando se hallaba sola en su cama, se la presentó su antigua señora y la dijo así.

—Si quieres decir al fin la verdad y confesar que has abierto la puerta prohibida, te abriré la boca y te volveré la palabra, pero si te obstinas en el pecado é insistes en mentir, me llevaré conmigo tu hijo recién nacido.

La reina pudo hablar entonces, pero dijo solamente:

—No, no he abierto la puerta prohibida.

La señora la quitó de los brazos á su hijo recién nacido y desapareció con él. Como no encontraban al niño, se esparció el rumor á la mañana siguiente entre la servidumbre de palacio, de que la reina era una ogra, y que le habia matado para comérsele. Todo lo oia y no podia responder á nada, pero el rey amaba con demasiada ternura para creer lo que se decia de ella.

La reina tuvo otro hijo al año siguiente. La primera noche que se quedó en la cama se la presentó de nuevo su antigua señora y la dijo:

—Si quieres confesar al fin que has abierto

la puerta prohibida, te volveré tu hijo y te desataré la lengua, pero si te obstinas en tu pecado y continúas mintiendo, me llevaré también á este otro hijo.

Como la vez primera, contestó la reina:

—No, no he abierto la puerta prohibida.

La señora cogió á su hijo en los brazos y se le llevó también.

Por la mañana, cuando supieron las gentes que el niño habia desaparecido también, dijeron en alta voz que se le habia comido la reina y los ministros del rey pidieron que se la procesara, pero el rey la amaba tan tiernamente, que no quiso creer nada y mandó á sus ministros que no volviesen á hablar mas de aquel asunto, bajo pena de la vida.

Al tercer año dió la reina á luz una hermosa niña, y su antigua señora se la apareció también durante la noche.

—Sígueme, la dijo.

Y cogiéndola de la mano, la condujo á su palacio y la enseñó sus dos primeros hijos, que la sonreían jugando á su alrededor. Alegróse mucho la madre al verlos, por lo que la dijo su antigua señora.

—Si quieres confesar ahora que has abierto la puerta prohibida, te volveré tus dos hermosos hijos.

La reina contestó por tercera vez.

—No, no he abierto la puerta prohibida.

La señora la llevó á su palacio y la quitó su tercer hijo.

Como no le encontraron á la mañana siguiente, decían todos en alta voz:

—La reina es una ogra, hay que sentenciarla á muerte.

El rey tuvo que seguir en esta ocasion el parecer de sus ministros. La reina compareció delante de un tribunal, y como no podia ni hablar ni defenderse, fue condenada á morir en una hoguera. Ya estaba reunida la madera, atada ella al palo y comenzaba á rodearla la llama, cuando el arrepentimiento tocó á su corazón.

—Si pudiera, pensó entre sí, confesar antes de morir que he abierto la puerta.—Y dijo en alta voz.—Sí, señora, si soy culpable.

En cuanto se la ocurrió este pensamiento comenzó á caer una lluvia muy menuda, y se extendió una luz en derredor suyo. Poco despues se la presentó su antigua señora, llevando á un lado los dos hijos que la habian nacido primero y en sus brazos la niña que la acababa de nacer, y la dijo con un acento lleno de bondad.

—Todo el que se arrepiente y confiesa sus pecados es perdonado.

Y la entregó sus hijos, la desató la lengua y la hizo feliz por el resto de su vida.

GRIMM.

LOS ABANICOS.

Aunque el objeto del *abanico* es refrescar el aire y apartar los insectos que continuamente vuelan en torno nuestro, sobre todo en los países cálidos; sin embargo tiene muy distintos usos.

El *abanico* en manos de una joven coqueta es un juguete que maneja con tal gracia, que ayuda, y no poco, á redoblar sus encantos. Pero veámosle en el grave momento de la ordenación de un diácono en la Iglesia griega y veremos á qué distinto uso está destinado. Lo recibe el nuevo diácono como el instrumento con que ha de desempeñar una de sus funciones; manejando aquel *abanico* destinado á apartar las moscas que podrian molestar al celebrante durante el sagrado sacrificio.

Su uso entre nosotros es moderno y traído del Oriente.

Los *abanicos* se han prestado á caprichosas formas é invenciones. En América y en China los hay de plumas de colores, formando preciosos dibujos.

Otros *abanicos* llamados *mágicos* tienen pintado con colores simpáticos un ramo marchito, el cual recobra súbitamente su lozanía y vivos

colores en cuanto se aproxima el abanico al fuego, volviendo á secarse (si así puede decirse) al apartarlo de aquel.

Hoy mismo vemos gran variedad de ellos en manos de nuestras bellas; unos de cinta, otros de pluma, otros de ligeras telas y de mil otras ingeniosas invenciones, hasta los hay mecánicos, en los cuales, por medio de un sencillo mecanismo, se ven pasar diversas figuras.

LOS NOMBRES DE ABAD Y ABADESA.

El nombre *Abad* deriva de la voz hebrea *ab* ó *abba*, que significa *padre*, voz que no podían usar los hijos de los esclavos. Entre nosotros es el nombre ó título que se da al superior de la mayor parte de monasterios de órdenes religiosas. Igualmente se da el nombre de *abad* á los obispos de las iglesias siríacas, copatas y etiopes.

El origen de los *abades* se remonta al tiempo del primer concilio de Nicea, y figuraron ya, por primera vez, sus firmas en el octavo concilio de España, que se celebró en Toledo en el año de 653.

Los ornamentos distintivos de los *abades* son el báculo, la mitra y demás episcopales, que unos creen empezaron á usar en el año 1000 y otros en el 1091, en tiempo de Urbano II. El papa San Silvestre concedió su uso á los *abades* y priores de los conventos de la orden Constantiniana de San Jorge. No tienen ningun otro distintivo para diferenciarse de los obispos sino un velo que deben llevar pendiente del báculo. Posteriormente, el papa Clemente IV ordenó que los *abades* llevasen la mitra bordada solamente de oro y no con piedras preciosas como los obispos que constituyen mayor dignidad.

También se llamaba *abad* en España al caudillo de la guardia del conde don Gomez, la que constaba de un *abad* que habia de ser caballero y 50 ballesteros hijo-dalgos.

Igualmente se da el título de *abad* en algunos pueblos á ciertos magistrados civiles.

Posterior á la institucion de los *abades* es la de las *abadesas*; á pesar de ser mas antiguas en la Iglesia las comunidades de vírgenes consagradas á Dios que las de los monges. Al siglo IV se remontan las reuniones de religiosas en monasterios, pues antes de dicha época, permanecían, las vírgenes esposas del Señor, en la casa paterna. Mas adelante, en tiempo de San Gregorio empezaron á tener iglesias particulares, propias de sus conventos.

En un concilio que se celebró en Inglaterra á la orilla de un rio y á campo raso, con el objeto de devolver á San Vilfredo la silla episcopal, de que le habian despojado; asistieron el rey con la corte, los obispos y *abades*, y segun Amat, una *abadesa* que tenia fama de muy prudente.

Las *abadesas* son llamadas entre los griegos *amas* que significa *madres*.

EL REAL SITIO DE VALSAIN.

Este pueblo, que por los años de 1270 se llamaba *Valsabin* á causa de los muchos sabinos que se criaban en su territorio, apenas conserva hoy señal de haber sido sitio de recreo y jornada de verano para los reyes don Enrique III y IV, emperador Carlos V y su hijo Felipe II, con la notable circunstancia de haber nacido en él una hija de este y de doña Isabel de Valois, á saber, la infanta doña Isabel Clara Eugenia á 12 de agosto de 1566, la cual fue bautizada en la capilla de su palacio por el nuncio que era de S. S. don Juan Bautista Castaneo, despues papa con el nombre de Urbano VII, y en una taza ó perol cuadrilongo de cobre, que aun se conserva en la iglesia parroquial, habiendo servido muchos años de pila bautismal en ella.

Los reyes don Felipe III y IV, y Carlos II, continuaron disfrutándole mas ó menos tiempo en las estaciones de calor, y Felipe V le habitó por las mismas temporadas hasta que se hizo el de San Ildefonso de la Granja.

Su palacio está sumamente deteriorado y ruinoso lo poco que ha quedado. En el mismo estado se hallan varios edificios que habia para cuarteles de tropa y ballestería, obradores de escultura, cerrajería y fundiciones, y casas de habitacion del guarda mayor de bosques ó caza con las de empleados.

LO GRANDE Y LO PEQUEÑO.

Mira alfombrar el suelo
las verdes yerbecillas,
en regalado soplo
del céfiro mecidas.

Sobre ella bulliciosos
los corderuelos triscan,
y bórdala el rocío
de perlas cristalinas.

Las flores que la esmaltan
ventura y paz publican;
¡feliz el que ignorado
pasa la breve vida!

Mira hasta el alto cielo
subir pomposa encina,
su copa coronando
de nubes fugitivas.

Con sus robustos brazos
los vientos desafia,
y el viento que la embiste
por tierra los derriba.

¡Ay si del negro seno
las nubes, sus vecinas,
sobre sus verdes ramas
rayo encendido envian!

O el hacha entra en su tronco,
y en trozos dividida,
en el hogar se trueca
en humo y en cenizas.

—Si quieres ser dichoso,
Fabio, á la yerba imita,
que cuanto mas se sube
mas fuerte es la caída.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

PENSAMIENTOS.

El perjurio es virtud cuando el juramento fue un crimen.

Maury.

Siempre conviene saber la verdad; pero no siempre es prudente decirla á todo el mundo.

Palissot.

La casualidad entra por mucho mas que el genio en los sucesos de la guerra y la fortuna de los héroes.

Garibaldi.

En los negocios humanos no es la fé la que salva, sino la desconfianza.

Napoleon.

Nada hay tan orgulloso como la afabilidad del orgullo.

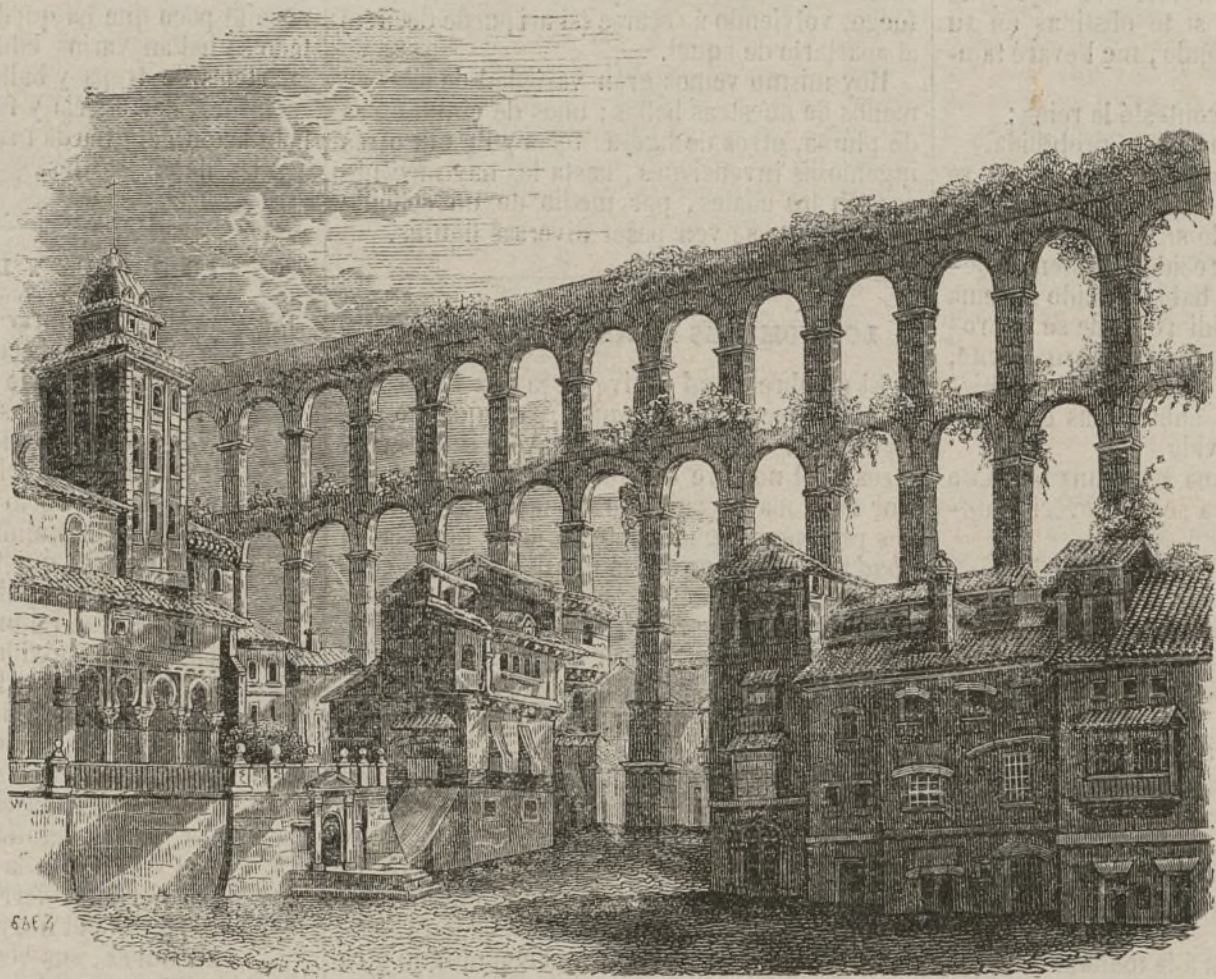
La Bonisse.

En todo negocio humano se puede hallar siempre un inconveniente.

Mad. de Stael.

LOS JACOBOS DE INGLATERRA.

Dos han sido los reyes de Inglaterra que han llevado este nombre:—Jacobo I, sexto del mismo nombre en Escocia, hijo de María Stuart y del rey de Escocia, subió al trono de Inglaterra despues de la muerte de Isabel ocurrida en 1603. El edicto que publicó contra los católicos fue la causa de una conspiracion conocida con el nombre de *conspiracion de las pólvoras*. Jacobo se dejó gobernar primero por el escocés Carr, y despues por Jorge Villiers, á quien nombró duque de Buckingham. Su pusilanimidad, pues temblaba delante de una espada, y la variedad de su carácter, descontentaron á los ingleses. Falleció en 1625, dejando de su mujer Ana de Dinamarca, Carlos I é Isabel, casada con el



El acueducto de Segovia.

elector palatino, duque de Baviera, Federico V. —Jacobo II, hijo de Carlos I, nació en 1633 y llevó el título de duque de Yorck hasta el año de 1685 en que sucedió á su hermano Carlos II. Quiso restablecer la religion católica, pero fue destronado en 1688 por Guillermo de Nasau, esposo de su hija María. Derrotado en la batalla de Le Boyna en 1690, se refugió á Francia y murió en San German en Laya en 1701. Además de sus dos hijas María y Ana, tuvo á Francisco Eduardo, que dejó dos hijos, Carlos Eduardo (el Pretendiente), y Enrique, cardenal de Yorck.

EL ACUEDUCTO DE SEGOVIA.

Segovia, llamada por los romanos *Segobriga*, es ciudad episcopal y capital de la provincia de su nombre, situada sobre el rio Eresma, que va al Nor-noroeste, y tiene tres monumentos famosos de arquitectura, á saber: el acueducto, la catedral y el alcázar, destruido recientemente este último por un voraz incendio. Está rodeada de un muro de construcción gótica, defendido por pequeños torreones, que tiene algo mas de una legua, y sus calles son estrechas, sinuosas y escarpadas. Pero sobre todo el acueducto llama la atención de los viajeros y de los arqueólogos. Se atribuye su obra al emperador Trajano. Tiene ciento sesenta y un arcos; pero treinta y cinco son obra moderna que en la apariencia se diferencia muy poco de la antigua; su longitud es de dos mil quinientos cuarenta pies. En su mayor altura tiene noventa y cinco hasta las paredillas de mampostería, también obra moderna. En las partes bajas, como cañadas y valles, para nivelar el curso del agua, hay dos órdenes de arcos unos sobre otros. Los pilares que sostienen el primer orden, unos tienen once pies y medio de grueso, y otros doce con siete pies y medio de grueso por cuatro y medio de frente;

y van disminuyendo unos y otros á la altura de diez y seis pies hasta que llegan á servir de apoyo al segundo orden de arcos, cuyos pilares todo son iguales del grueso de seis pies y medio por cuatro y medio de frente. Los arcos mas bajos son de cinco pies, y los mas altos no pasan de treinta y nueve. Esta obra es de piedra berroqueña de grano gordo, color cárdeno, con pintas blancas, sin que se sepa en el día la cantera de donde se sacó.

Los sillares no se pintaron con argamasa alguna, ni se observa plomo ó hierro en lo interior de esta obra que reúne la sencillez con la elegancia y la grandiosidad. Las piedras están tan bien unidas, que no puede entrar entre piedra y piedra la punta de un alfiler.

En la parte mas alta hay dos nichos, que se cree estarian destinados á algunas estatuas. La obra nueva añadida á la antigua de los romanos que amenazaba ruina ó estaba ya caída por incuria, se hizo en tiempo de doña Isabel la Católica, que la encargó á fray Pedro de Mesa, prior del monasterio de Nuestra Señora del Parral de Segovia, el cual se sirvió de fray Juan Escobedo, del mismo monasterio y arquitecto excelente; pero donde hay dos órdenes de arcos toda es obra romana. En este acueducto no hay inscripcion que nos descubra el arquitecto, ni el tiempo, ni bajo qué emperador se fabricó, de suerte que hasta el día cuanto sobre de esto se diga no son mas que conjeturas mas ó menos probables.

ANECDOTAS

Un soldado español llegó adonde estaba el rey don Fernando el Católico, á pedirle una merced de cosa que no era razon otorgársela. El rey le contestó: «No se puede hacer.» El soldado le besó las manos, mostrando por palabras agradecersele. Preguntado por los que allí estaban, pues le negaba lo que le pedia, ¿por qué le be-

saba las manos, agradeciéndoselo? Respondió el soldado: «porque me despachó presto.»

Preguntó un magnate á uno que venia de la corte, ¿qué se decia allá de él? Respondió, que no se decia bien, ni mal. Mandóle dar de palos, y despues le dió 50 ducados: diciendo: Ahora podeis decir mal y bien.

Descansó don Fernando el Católico una noche en el castillo de Montilla, que don Alonso de Aguilar muy magníficamente habia labrado. Subiendo el rey por una escalera mas estrecha de lo que para obra tan principal convenia, le preguntó: «¿Por qué hicisteis tan angosta escalera? Respondióle, «Nunca, señor, pensé tener tan ancho huésped.»

Don Alfonso V de Aragon solia decir que eran cinco las cosas que mas le agradaban: leña seca para quemar, caballo viejo para montar, vino añejo para beber, amigos ancianos para conversar y libros antiguos para leer.

Mucho han celebrado siempre los portugueses el aniversario de la batalla de Aljubarrota. Un dia S. M. Fidelísima preguntó á un caballero español que se hallaba en Lisboa: «¿Qué os parece de nuestra fiesta? ¿Celebran en España fiestas por semejantes vencimientos? El caballero que comprendió la intencion con que se le dirigia esta pregunta, contestó: «No se hacen porque son tantas victorias las nuestras, que cada día seria fiesta y moririan los artesanos de hambre.»

Por todo lo no firmado J. GASPAS.
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses. —Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo. —Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármén, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martin, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Mathen.

En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.